

*** EL PAJE DE LA CONDESA

Cuento de damas por SINESIO DELGADO **

Ilustraciones de MÉNDEZ BRINGA



G-F 6676

Muñía Arroyana

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4

Apartado 216

} MADRID

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

Anuncios: pidase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

NUESTRO CONCURSO

Los Contemporáneos

deseosos de dar á conocer las obras de los mejores escritores contemporáneos; convencidos de que no hay que acudir al extranjero para encontrar cuentistas espirituales y delicados; decididos á hacer labor patriótica, formando su colección EXCLUSIVAMENTE de autores españoles, abren un concurso, con dos premios de SEISCIENTAS pesetas el uno, de CUATROCIENTAS el otro, bajo las siguientes

BASES

1.^a Admitirán cualquier novela corta, escrita en castellano, y de una extensión de *noventa* cuartillas, en el supuesto de que cada cuartilla contenga *novecientas* letras. (Claro está que el número de cuartillas deberá aumentarse ó disminuirse con arreglo al de letras que por unidad se hagan.

2.^a El tema de las novelas será de libre elección, pero conste que huyendo de los asuntos inspidos, anodinos ó ñoños, no admitiremos tampoco los francamente inmorales, indecorosos ni repugnantes.

3.^a Los autores firmarán sus obras con un lema, y

las acompañarán de un sobre cerrado, que encabezado con el mismo lema, contendrá en su interior el nombre del autor.

4.^a La Dirección de LOS CONTEMPORÁNEOS elegirá entre las obras presentadas, las diez que juzgue mejores, más bonitas é interesantes.

5.^a LOS CONTEMPORÁNEOS publicarán en números sucesivos esas diez novelas, ilustradas por los más reputados dibujantes.

6.^a El público fallará, concediéndose un premio de *seiscientas* pesetas á la obra que mayor número de votos reuna, y otro de *cuatrocientas* á la que la siga en votación.

7.^a A cada número de LOS CONTEMPORÁNEOS acompañará un vale, y será condición precisa para tener derecho al voto enviarnos los diez vales como garantía de que el votante conoce las diez obras; de los diez vales, sólo *en uno* se escribirán los nombres de las obras que á juicio del votante deben premiarse.

8.^a Queda abierta la admisión de obras que se cerrará el 15 de Agosto.

9.^a Daremos recibo de las obras que se nos entreguen, cuenta de las admitidas, y devolveremos las desechadas, siempre y cuando sus autores se encarguen de recogerlas en nuestras Oficinas: *Caños, 4, imprenta*. —Madrid.

El Radical se ocupa de nuestro concurso en un amable suelto que agradecemos muy de veras, si bien pone algunos reparos en todo aquello que con la base séptima se relaciona.

“El honrado cumplimiento de esta cláusula,—dice *El Radical*—,sería para los concursantes la garantía mayor; mas ¿quién puede asegurar que el señor X., rico y vanidoso, no adquiere, apenas puestos á la venta, la mayor parte de los números, para luego insertar en los cupones su nombre?”

Y añade á continuación:

“Don Manuel de Mendivil, director de LOS CONTEMPORÁNEOS, que con harta frecuencia recibe obras de escritorzuelos, *ofreciéndolas gratuitamente*, y PROMETIENDO TODAVIA QUEDARSE CON MEDIA EDICION, ha debido pensar en esto.”

Y ha pensado, créame *El Radical*: el director de LOS CONTEMPORÁNEOS recibe en efecto muchas obras acompañadas de las seductoras proposiciones que arriba se mencionan, pero no las acepta, ni las aceptará nunca, á menos que la obra así recomendada sea de positivo mérito.

En el caso presente, con anterioridad al voto que puedan emitir los lectores, hay una censura, un tamiz previo, puesto que la dirección sólo ofrecerá al público las diez novelas á su juicio mejores entre las presentadas.

El director cumplirá con su deber; lo cumplirá fiel, imparcial, estricta, escrupulosamente, y en la parte de arriba del tamiz quedarán á buen seguro, esos escritorzuelos vanidosos que inquietan á *El Radical*.

Supongamos ahora que el público consciente de su derecho, vota con seriedad: no afirma *El Radical* que esa sería la garantía mayor para los concursantes?

¿Cabe más buena fe en LOS CONTEMPORÁNEOS?

M. de M.

SINESIO DELGADO



EL PAJE DE LA CONDESA

CUENTO DE DAMAS

PERSONAJES

UNA ACTRIZ.
ZORAIDA.
JARIFA.
MARIEN.
CELINDA.
MARI-ALONSO.
DOÑA LEONOR.
UN TROVADOR.
LA CONDESA ISABEL.
INÉS.
ZARA.

Mujeres del harem. — Esclavas. — Damas y doncellas castellanas.

PRÓLOGO

UNA ACTRIZ

Señoras mías: A vosotras exclusivamente, por raro capricho del más humilde de vuestros poetas, se dedica esta fiesta del ingenio. Con lo cual queda dicho que no ha de haber en ella nada de lo que halaga, enardece y atrae á los varones: ni estallidos de pasiones ardientes, ni cosquilleo de frases picarescas, ni salsa picante de situaciones escabrosas, ni contoneos de danzas sensuales, ni trallazos de sátira ni estruendo de músicas... Las leyes de la moral, hechas por los hombres, y que, por consiguiente, no rigen más que para vosotras, os obligan á ser eternamente esclavas del bien parecer apagando las llamaradas de los ojos y sofocando los ímpetus de la sangre. Vuestras diversiones han de ser por fuerza tranquilas y apacibles, sin estrépito ni bulla, so pena de que os tachen de liviandad, que en ellos es adorno y en vosotras pecado. Por eso esta comedia que vais á ver es plácida y suave, sin malicias de palabra ni honduras de pensamiento, como conversación de colegialas que matan sus ocios bordando rosas con sedas de colores ó tejiendo sobre la almohadilla las hebras del finísimo encaje. Y no porque el poeta no se sienta capaz de volcar el tarro de la mostaza ni vosotras dejarais tal vez de saborearla con gusto, sino porque los hombres mandan que las mujeres

sean perpetuamente candorosas y renegarán, por costumbre, de las que, aun siéndolo, no lo parecen. ¡Como si los inocentes no fueran ellos al contentarse con que se finja lo que no se tiene! Y hecha esta advertencia, necesaria para explicar vuestro probable aburrimiento, no tengo otra cosa que hacer si no es quedar á vuestras órdenes. Señoras mías...

(Váse).

CUADRO PRIMERO

EL HAREM DE ABDERRAMAN

ESCENA PRIMERA

ZORAIDA, reclinada sobre almohadones á un lado. Al otro JARIFA rodeada de CELINDA y otras mujeres del harem, canta acompañándose de la guzla.

JARIFA

(Canta)

¡Alalá, alalá!
¡Alalá, alalá!
La belleza muere
Y el amor se va.
¡Alalá, alalá!
La sultana gime,
la sultana llora.

y en la paz del sueño reposar no puede
ni al caer la noche ni al nacer la aurora.

En los rojos labios
maldieiones tiene,

y en los ojos negros el deseo brilla
que al sultán aguarda y el sultán no viene.

¡Alalá, alalá!
La belleza muere
Y el amor se va.

Suaves perfumes, ricos joyeles,
perlas y aromas, sedas y flores
gala y orgullo de sus gomeles
son los testigos de sus dolores.

¡Pobre sultana
que te consumes

CB. 1132638

L. 95577

entre las joyas
y los perfumes!
En vano miras hacia la vega,
¡todos retornan, pero él no llega!
¡Alalá, alalá!
En amores nuevos
prisionero está.
¡Alalá, alalá!
La belleza muere
y el amor se va.
¡Alalá, alalá!
¡Alalá, alalá!...

(Cesa el canto).

ZORAIDA

Triste y lastimera es la nueva trova, Jarifa.

JARIFA

Cuando los hijos del Profeta pelean en el campo
las esclavas suspiran y lloran, y sus canciones son
lamentos.

ZORAIDA

Cuando no son puñales de Damasco, que buscan
el corazón para herirle.

JARIFA

¿Lo dices por la mía acaso?

ZORAIDA

Por la tuya lo digo, Jarifa; y muy eubierta de
nubes debe de estar mi estrella cuando te atreves á
mirarla de frente.

JARIFA

¿Qué dices? La pena por la ausencia de nuestro
amo y señor te nubla los sentidos y el amor se te
antoja odio y en cada palabra sospechas una
burla.

ZORAIDA

¿Qué sultana es, entonces, la de la trova?

JARIFA

La sultana de la leyenda; la que no existió nun-
ca más que en la imaginación de los Trovadores.

ZORAIDA

¿Y llora y gime porque el sultán no vuelve?

JARIFA

Sí; por la ausencia del sultán gime y llora.

ZORAIDA

¿Quién trajo á las soledades del harem esa can-
ción del coso?

JARIFA

Las esclavas la oyeron á través de las celosías.
La cantan los mercaderes que vienen de Granada.

ZORAIDA

Pues esa sultana... ¡soy yo!

JARIFA

¿Tú?

ZORAIDA

Y demasiado lo sabes tú, Jarifa, que al pulsar
la guzla con tus pérfidas manos, más que notas
de sus cuerdas querías arrancar lágrimas de mis
ojos.

JARIFA

¡Por el divino Alá te juro que...!

ZORAIDA

No jures en vano por Alá, si tu soberbia no te
lleva á desafiar su cólera. Y demasiado lo sabéis
vosotras también, mujeres y siervas del Califa,
que temblando os alejáis del frío de mi corazón y
corréis á prosternaros ante el sol que nace.

CELINDA

Por oír más de cerca la música nos separamos
de ti; no por abandonarte en tu tristeza.

ZORAIDA

Habéis hecho bien; que con ella estoy mejor
que con vosotras. No hace mucho que me ceñáis
vuestros collares y me alegrábais con vuestras
danzas... ¡Id ahora á quemar perfumes y á ten-
der alfombras ante quien me roba el corazón de
mi dueño!

CELINDA

Oye, Zoraida...

ZORAIDA

Silencio. ¡Salid! Y arrojad esa guzla por el mi-
rador para que se rompa en los peñascos. (Pausa.
Las mujeres se miran unas á otras en silencio y nin-
guna se mueve). ¡Cómo! ¿Dudáis aún? ¡Obedeced,
esclavas! Todavía soy la esposa de Abderramán
el grande! (Empiezan á desfilar lentamente). Quéda-
te, tú, Jarifa.

ESCENA II

ZORAIDA.—JARIFA.

JARIFA

Habla. ¿Qué quieres?

ZORAIDA

Decirte que no hace mucho tiempo, cuando el
sol asomaba entre los picachos de la sierra, lo
primero que besaba con sus rayos era un ramo de
rosas de Alejandría, rojas como la sangre, colo-
cado como prenda de amor en el alféizar de mi
ventana.

JARIFA

Podías haberte ahorrado el trabajo de detener-
me. Lo sabía.

ZORAIDA

Y ¿sabías también que, al salir del baño, en-
contraba siempre mi camarín regado con esencias
de Smirna, mientras en los pebeteros se consumía
el ámbar?



JARIFA

También. Porque se cuidaba de ello una mano misteriosa.

ZORAIDA

Pero lo que no sabes es que hace muchos días ¡muchos! que los rayos del sol busean en vano el ramo en el alféizar y ni el ámbar se quema en mi camarín ni los perfumes riegan el suelo.

JARIFA

Porque sin duda la mano que te acariciaba en la sombra empuña ahora las riendas del corcel de guerra y le lleva á galope hacia las huestes cristianas.

ZORAIDA

O porque otra mujer la retiene entre las tuyas

JARIFA

¿Qué imaginas?

ZORAIDA

Que no me dirás la verdad si te la pregunto.

JARIFA

Por los sagrados textos del Korán te lo prometo.

ZORAIDA

Pues contesta. ¿Encuentras todas las mañanas, al abrir los cristales de colores de tu celosía, un ramo de rosas?

JARIFA

Sí. De Alejandría. Rojas como la sangre.

ZORAIDA

¡Jarifa!

JARIFA

¡Zoraida!

ZORAIDA

El corazón de Abderramán es tuyo... ¡Pero fué mío antes!

JARIFA

Lo pasado es la nada y el presente es la vida.

ZORAIDA

Pero el porvenir es la muerte. Ya lo dijiste en la trova. "La belleza muere y el amor se va".

JARIFA

Yo procuraré caldearlo con todo el fuego de mi alma.

ZORAIDA

También yo quise y no pude.

JARIFA

Y me odias por eso.

ZORAIDA

¿Odiarte? No. Me burlo de ti por haber querido robarme lo que ya no era mío.

JARIFA

¿Que te burlas, dices? Con la sonrisa del des-

precio se cubre la amargura de los celos algunas veces.

ZORAIDA

¡Ah!, ¿me crees celosa? Tan orgullosa estás de tu hermosura que me juzgas capaz de envidiarte. ¡Por mí quebraron lanzas los más bravos guerreros del Islam! ¡Por mí desnudaron cien veces los alfanges los más apuestos donceles de Andalucía...! ¡Yo no puedo tener celos de nadie, esclava!

JARIFA

Pero lloras en silencio y haces romper la guza que descubre las heridas de tu corazón.

ZORAIDA

Porque el amor huyó de mí sin que tú me lo robaras, ¡que no hubiera llegado á tanto tu poder á no haberle yo dejado romper las cadenas! ¿Oyes bien, Jarifa? No lloro porque el brazo poderoso que arrasó los campos de León y de Castilla no se ciña ya á mi cuello después de haber depositado á mis pies todo el botín de las batallas; no lloro porque vayan á abrasarse en tus ojos de fuego los ojos que me estremecían de placer con sólo mirarme; lloro... ¡porque ya no me harían estremecer si me miraran!

JARIFA

No te entiendo.

ZORAIDA

Dichosa tú, entonces, que no adivinas el tormento que me espera.

JARIFA

¿No amas á Abderramán?

ZORAIDA

No; no le amo. Cuando ocupes mi sitio te veré sin rabia, pero con el dolor de quedar eternamente presa en el harem, con el alma muerta para el amor y sin poder volar á donde mis deseos me llevan.

JARIFA

Escúchame, Zoraida.

ZORAIDA

Di.

JARIFA

Por el Korán te juré decirte la verdad y ya la sabes. Pero no la sabes entera.

ZORAIDA

¿Qué falta?

JARIFA

Te falta... saber que no te creo.

ZORAIDA

¡Esclava!

JARIFA

Porque ya no lo soy; porque ahora es mi camarín el que se perfuma con ámbar, es por lo que me atrevo á decirte que no puedes engañarme, porque leo en tu corazón como en un libro abierto.

ZORAIDA

Habla; ¿qué crees?

JARIFA

Que has sido muchas veces adalid en justas de amor y conoces el modo de herir al enemigo. Que amas á Abderramán más que nunca y por la astucia quieres arrancarle de mis brazos ya que por la fuerza no podrías...

ZORAIDA

Acaba. Sigue.

JARIFA

Que quieres que por mi boca sepa nuestro amo y señor que le desprecias, para que tu desvío le sirva de acicate y torne á arrojar á tus pies el botón de los cristianos... Pero te engañas si lo piensas, que enamorada te he de pintar para que él te desdeñe, ya que así son los hombres todos. ¡Eso es lo que creo, Zoraida!

ZORAIDA

¿Eso? Pues oye. Si fuera verdad lo que sueñas no brillaría la luz de mañana en Oriente sin que Abderramán tornara á ser mío.

JARIFA

No vuelven atrás las aguas del torrente.

ZORAIDA

Nunca probó á lograrlo una mujer enamorada.

JARIFA

Prueba tú, si quieres.

ZORAIDA

Merecías que lo hiciera.

JARIFA

Hazlo.

ZORAIDA

¡No! Prefiero despreciaros á los dos. Vete, esclava.

JARIFA

¡Sí! pero nunca más podrás mandármelo.

ZORAIDA

En tu orgullo tendrás tu castigo.

JARIFA

No será como el tuyo.

ZORAIDA

Igual. También arrancarán del alféizar de tu ventana las rosas de Alejandría.

JARIFA

Pero yo no haré lo que tú. Yo cortaré la mano que las arranque, sea de quien sea.

ZORAIDA

¿Y quién te ha dicho que yo no he de cortarla?

JARIFA

Prueba también eso si quieres. Zoraida, ¡Alá te guarde!

ZORAIDA

Lo probaré. ¡Guárdete Alá, Jarifa!
(Váse Jarifa. Inmediatamente Zoraida corre á una de las puertas, alza el tapiz y llama).
¡Marien! ¡Pronto! (Sale Marien).

ESCENA III

ZORAIDA.—MARIEN.

ZORAIDA

¿Has cumplido mis órdenes?

MARIEN

Todas.

ZORAIDA

Júrame por tu Dios que nadie más que tú en el alcázar conoce mi secreto.

MARIEN

Por mi Dios te lo juro. A nadie más que á mí importa guardarlo, puesto que en él van mi libertad y el triunfo de los míos.

ZORAIDA

¿Todo está preparado?

MARIEN

Todo; esperando la señal. Abdelamar, que te es fiel hasta morir, es hoy el centinela de la torre; Zulema, que desde ayer está en el campo cristiano, aguarda vigilante en lo alto de la colina. Cuando Abdelamar vea ondear mi faja, levantará tres veces el estandarte del Profeta y Zulema franqueará á los sitiadores la puerta del subterráneo que cruza la muralla. En cuanto tú lo mandes los guerreros del rey de Castilla entrarán en la ciudad, el ejército de Abderramán quedará burlado allá lejos y la bendita cruz se alzará victoriosa en la alcázar. (Pausa). ¿Qué decides?

ZORAIDA

Esto. ¡Haz ondear tu faja, esclava nazarena!

MARIEN

¡Que el verdadero Dios te bendiga y te premie!

ZORAIDA

Tu Dios y mi Alá, ¿qué me importan? Sólo es grande mi amor, que me encadena y me arrastra.

MARIEN

Ya me ha visto Abdelamar... Ya ha levantado tres veces la bandera! ¡Animo, Zoraida! Pronto romperás para siempre tu cárcel de hierro. El vendrá á saludarte.

ZORAIDA

¿El? ¿Vendrá él?

MARIEN

¡Sí; ¿no le esperas?

ZORAIDA

Le he esperado siempre. ¡Desde que clavó su guante en la muralla y peleó después en la vega con los más esforzados caballeros de Abderramán! ¡Desde que palpitó fieramente mi corazón al recibir su primer mensaje!... ¡Desde que me trajiste como prenda de amor la más airosa pluma de su casco de guerra!

MARIEN

Pronto le tendrás rendido á tus pies, besando los bordes de tu túnica.

ZORAIDA

¡Sí! ya le adivino, ya le siento. Oigo con el alma allá abajo, en las profundidades de la tierra, el sordo rumor de los soldados de la cruz que avanzan en las sombras sedientos de sangre; veo brillar á la luz de las teas los aceros desnudos y las claveteadas mazas en los hombros de hierro... Con ellos vienen el fuego y la matanza; ¡pero viene también mi amor, que es antes que todo!

ESCENA IV

DICHAS.—JARIFA.—CELINDA.—CORO.

JARIFA

¡Sólo Alá es poderoso! ¡Que él nos salve, Zoraida!

ZORAIDA

¿Qué dices? ¡Nos amenaza algún peligro?

JARIFA

¡Sí; la muerte. Los cristianos han descubierto la galería que cruza el lecho del río y los cimientos de la muralla.

CELINDA

Y van á entrar en la ciudad á sangre y fuego.

ZORAIDA

No temáis. Abderramán los pasará á cuchillo.

JARIFA

Abderramán no está en la fortaleza.
(Oyense dentro ruidos de pelea, gritos y choques de espadas que crecen y se acercan rápidamente hasta el final del cuadro).

CELINDA

Y ¡ved! la multitud corre espantada por las calles.

JARIFA

Se alzan los rastrillos de la alcazaba. Los soldados coronan las almenas.

CELINDA

¡Ahí están! ¿Oís?

JARIFA

¡Que el Profeta ayude á los creyentes!

CELINDA

¡No les detiene nada! ¡Los bárbaros han entrado en los jardines!

JARIFA

¡Ay de la ciudad! Ay de nosotras!

CELINDA

Oremos con las frentes en tierra.

JARIFA

¡Es la esclavitud y la muerte! (Todas las mujeres, excepto Zoraida y Marien se prosternan aterradas)

ZORAIDA

¡No! para mí es la libertad y la vida... ¡Allí viene el doncel de mis sueños! Nada resiste á su mandoble! Brilla refulgente su coraza y riza el viento el plumaje azul de su cimera... ¡Ven! ¡Ven, dueño mío!

VOZ DE HOMBRE (dentro).

¡Zoraida!

ZORAIDA

¡El! ¡por fin!

(Hácese la mutación rápidamente).

CUADRO SEGUNDO

Selvá.—Anochece.

ESCENA V

UN TROVADOR.—Tras él MARI-ALONSO

MARI

¡Eh, eh! Deténte, rapaz atolondrado.

TROVADOR

¡Cómo! buena vieja, ¿me sigues todavía?

MARI

Con mucho trabajo, porque los años me abruman las espaldas, pero no quiero que sigas adelante.

TROVADOR

¿Por qué, si ese es mi gusto?

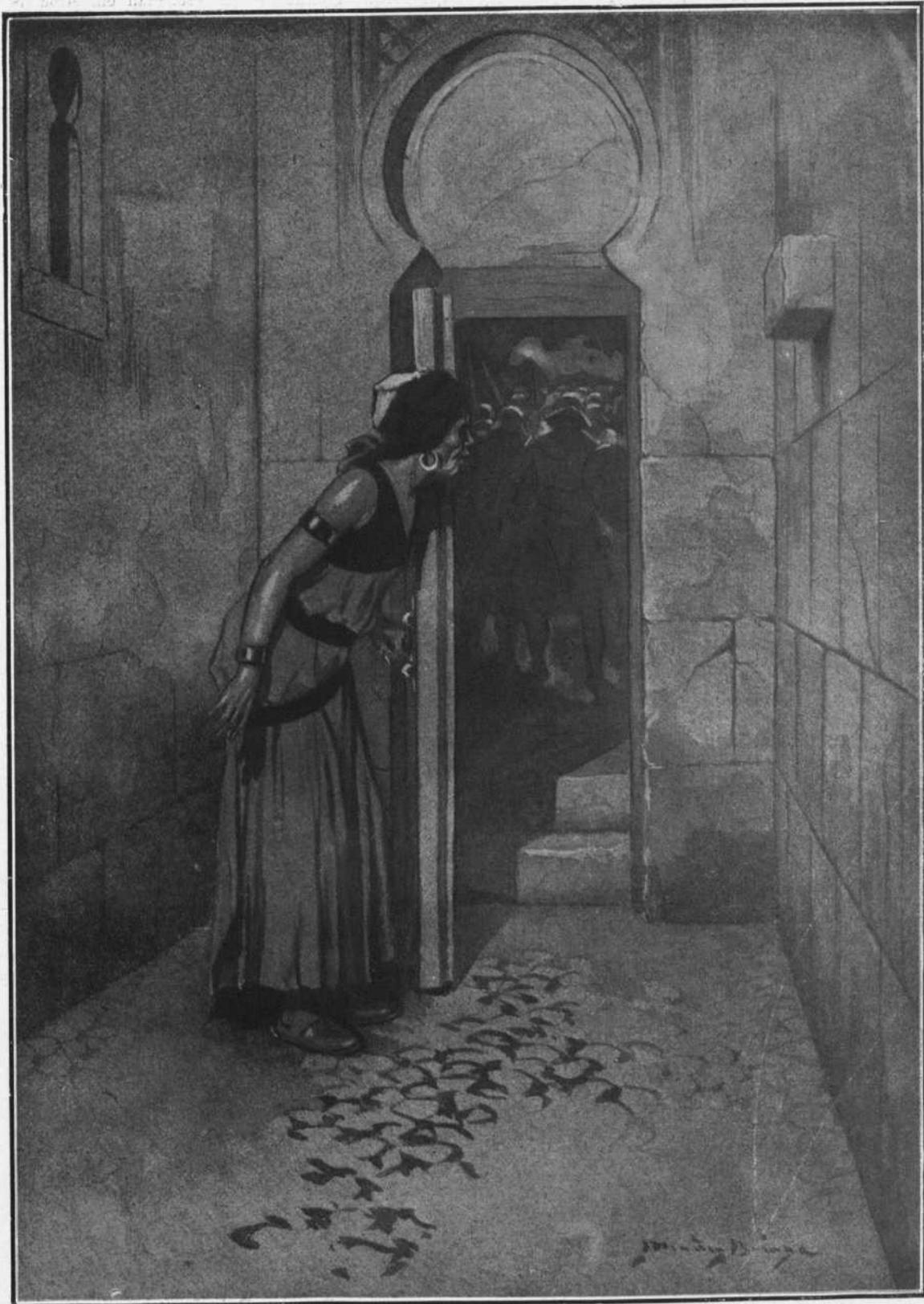
MARI

Porque la noche está cayendo y te extraviarás en el bosque.

TROVADOR

Sosiegate y no temas por mí, que ya me conocen hace tiempo las selvas.

THE GREAT GATES OF THE TEMPLE OF THE GODS



THE GREAT GATES OF THE TEMPLE OF THE GODS

MARI

Pero esa está poblada de alimañas y tú no llevas venablo con que defenderte. ¿Qué harías, pobre joven, si te acometieran?

TROVADOR

Trepar al árbol más alto y dormir como un ruiseñor en las ramas. Si bien lo miras, no soy otra cosa.

MARI

¡Sí que es verdad que como un ruiseñor canta el condenado. ¿Y por qué no has de pasar esta noche en mi choza y seguir mañana con la luz del día?

TROVADOR

Porque quiero llegar al castillo esta misma noche.

MARI

No te recibirán en él á tales horas.

TROVADOR

A todas me reciben en todas partes. Mi laúd es la catapulta que abate las torres más altas. ¿La viejecita no lo ha oído decir nunca?

MARI

Pero es que en ese á donde vas no está el señor y dueño.

TROVADOR

Ya sé que partió con su mesnada hace mucho tiempo á tierra de moros.

MARI

Y estando la castellana sola con sus doncellas y criadas no se baja el rastrillo para hombre alguno.

TROVADOR

Esa es la más fuerte razón para que todas me esperen. Si no me reciben en la puerta de la torre con trompetas y clarines, no faltará una mano blanca como la nieve que me haga entrar secretamente por la poterna.

MARI

¡Seguro estás de tu valimiento!

TROVADOR

Porque traigo nuevas del conde que importan mucho á la castellana.

MARI

¿Estuviste tú también en tierra de infieles?

TROVADOR

De la corte del Califa vengo.

MARI

¿Y no te hicieron daño?

TROVADOR

¿No ves, viejecita, que canto trovas de amor? Con ellas voy libre y sin miedo entre los cristia-

nos de León como entre los sarracenos de Córdoba, porque igualmente me esechan embelesadas las doncellas del Dios de Israel y las vírgenes del Profeta.

MARI

Sabes mucho para tus años, rapaz.

TROVADOR

Porque he corrido ya muchas tierras y he visto muchos hombres, y eso es lo que enseña á conocer el mundo, viejecita.

MARI

Y las nuevas que traes para la condesa, ¿son buenas ó malas?

TROVADOR

Malas y buenas son, pero me callaré las que deba.

MARI

¿Vencieron al conde los moros?

TROVADOR

Al revés; él tomó á punta de lanza muchas villas y ciudades y el mismo Abderramán ha dejado las mujeres de su harem en poder de los cristianos.

MARI

Pues, ¿qué desgracia le aconteció? ¿Está herido?

TROVADOR

¡Sí; herido de amor, que es la llaga que no se cura con otro bálsamo que el de la muerte.

MARI

¿Quién le dió el bebedizo?

TROVADOR

La bella Zoraida. La más hermosa de las mujeres del califa, cuyos ojos te puedo jurar que abrazan como centellas.

MARI

¿Tú la has visto?

TROVADOR

Una sola vez en que me hizo entrar de secreto en el alcázar para oír mis canciones. ¡A punto estuvo de costarme la vida la aventura!

MARI

Cuéntamela, trovador.

TROVADOR

Dios me libre de hacerlo, viejecita; que te serviría después para asustar á los niños.

ESCENA VI

DICHOS.—DOÑA LEONOR

LEONOR

Alabado sea el Señor, que por fin me hizo topar

con seres humanos en estas soledades... Muerta de miedo venía. ¿Eres tú, Mari-Alonso?

MARI

Yo soy, Doña Leonor. ¿Cómo es que andáis vos fuera del castillo á tales horas?

LEONOR

Porque vengo de la aldea, donde se sirvió enviarme mi señora la condesa, sin guía ni escudero. Y ese mancebo que te acompaña ¿quién es?

TROVADOR

Un pobre trovador que se ofrece á servirlos de escudero y de guía si en cambio le proporcionáis albergue por esta noche en el castillo.

LEONOR

Mucho atrevimiento es ese. ¡Vaya, que no es cobarde el mozo. ¿Tañes el laúd con donaire?

TROVADOR

Los pajarillos de los jardines de Granada han sido mis maestros.

LEONOR

¿Y sabes muchas canciones?

TROVADOR

A cambio de un trozo de tasajo, un vaso de vino y un lecho de lana tundida podréis oír todas las que corren por estos reinos.

LEONOR

¿De amor algunas?

TROVADOR

Cuantas queráis. De amor tierno para las doncellas; de amor y picardía para los hombres de armas.

LEONOR

No hay ahora más hombres en el castillo que los escuderos viejos que no pudieron ir á la guerra.

TROVADOR

Entonces... os cantaré á vosotras también las de picardía.

LEONOR

Si da licencia mi señora.

TROVADOR

La dará, porque inventaré cuantas trovas sean menester ensalzando su hermosura.

LEONOR

¿La conoces acaso?

TROVADOR

No la vi jamás, pero forzosamente ha de ser hermosa la dama que tiene tal dueña á su servicio.

LEONOR

¿También te enseñaron á ser galán los pajarillos de Granada?

TROVADOR

¡Y eso que no me habéis prometido aún el vino y el tasajo!

LEONOR

Tendrás ambas cosas si me sigues.

TROVADOR

Guiad cuando queráis.

LEONOR

(¡Qué lástima! ¡Es todavía un niño!). (Váse).

TROVADOR

¿Ves, buena vieja, como para el laúd no hay murallas?

MARI

¡Ya! Ya veo que no te perderás en los bosques.

TROVADOR

Pero no se podrá jurar que no me pierda en otra parte.

MARI

Que Dios te guíe, trovador.

TROVADOR

Que él te acompañe, viejecita.

(Vánse cada uno por un lado.—Mutación).

CUADRO TERCERO

Salón gótico de un castillo feudal.—Es de noche.

ESCENA VII

La condesa ISABEL en el sillón, junto á la chimenea. Tras ella INÉS de pie.—ZARA y otras esclavas moras bailan una danza alegre y viva.—Criadas y doncellas en el resto de la escena formando grupos. Al terminar la danza las esclavas se retiran y empieza el diálogo.

ISABEL

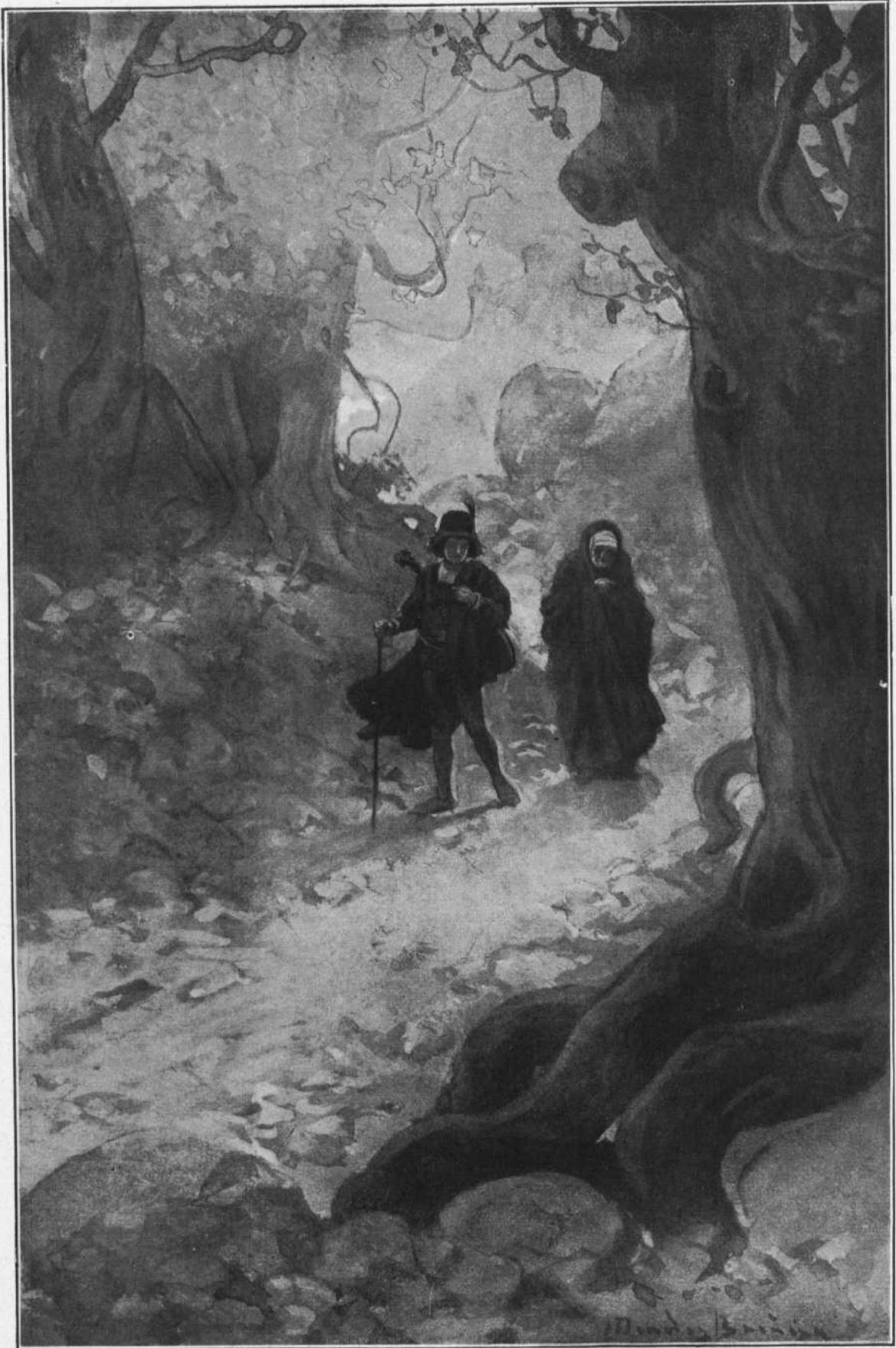
Apartaos y no dancéis más. No logro desechar el hastío. ¡La velada es eterna!

INÉS

Desengañaos, señora. Sin los hombres la vida es triste. ¡Y hace tanto tiempo que no vemos ninguno!

ISABEL

Porque los caballeros han de batallar por su Dios antes que atender á su dama, y era necesario castigar á los moros andaluces.



INÉS

Pero las castigadas somos las mujeres de Castilla, que no tenemos sombra de varón ha muchos meses. Ved, señora, el dolor que se retrata en los rostros de vuestras damas y doncellas, y contempláos á vos misma en vuestra forzada viudez sin consuelo.

ISABEL

Calla, Inés, que ofendes al recato.

INÉS

¿Por qué? ¿Por decir en alta voz lo que pensamos todas?

ZARA

Si mi señora quiere, puedo contar bellas historias de harem y celosías y divertidos lances de torneos y fiestas. Las hijas del Profeta somos apasionadas y ardientes y los mancebos de Túnez y de Argel son valerosos y galanes.

ISABEL

No; retírate, Zara. Ni oír hablar de tu raza quiero, que ella tiene la culpa de nuestro abatimiento y tristeza. (Váse Zara). Buscad cada una de vosotras la rueca y el huso y que ellos sean, como siempre, nuestra única diversión hasta la hora del rezo en la capilla.

ESCENA VIII

DICHAS.—LEONOR.— Luego EL TROVADOR

LEONOR

Esperad, esperad; no será necesario hilar esta noche. Dadme albricias, Isabel, que traigo conmigo quien nos entretenga y solacee.

ISABEL

¿Quién?

LEONOR

Un trovador que encontré perdido en el monte y nos demanda albergue.

INÉS

¡Un trovador!

CORO

¡Un hombre!

ISABEL

(Repetiendo las palabras como un eco). ¡Un hombre!... ¡un hombre!...

LEONOR

¡Ay! Casi no lo es todavía.

ISABEL

Hazle entrar.

LEONOR

Entra, rapazuelo. (Sale el Trovador).

TROVADOR

El cielo te colme de mercedes, hermosa castellana, que así te compadece de los peregrinos.

ISABEL

¿Vienes de muy lejos?

TROVADOR

De tierras de mahometanos, señoras.

ISABEL

¿Traes nuevas de mi esposo?

TROVADOR

A dártelas vengo. Arrolló al enemigo en la montaña y pasea triunfante la cruz por las llanuras cordobesas.

ISABEL

Alzáos todas. Demos gracias á la Santa Madre de Dios que así nos protege.

INÉS

¿Y vendrá pronto la mesnada?

TROVADOR

Cuando yo emprendí la marcha se ajustaban las paces con el califa.

LEONOR

Ojalá sean duraderas y no volvamos á quedarnos solas en este picacho del monte.

CORO

Amén.

ISABEL

Canta, Trovador; entona tus mejores canciones por las victorias de mi señor y dueño. Eres nuestro huésped esta noche.

INÉS

¡Ay! tenfais razón, Doña Leonor, es una criatura.

TROVADOR

Las mejores cantaré para divertirte, condesa, que nunca las cuerdas de mi laúd pudieron estar mejor empleadas. Oíd. (Canta acompañándose con el laúd).

Vagando sin rumbo
por valles y oteros
arrastra sus penas
el pobre cantor,
y hermosas zagalas
y fuertes guerreros
demandan y piden
sus trovas de amor.
¡Siempre de amor!
¡Sólo de amor!

Porque es el que tiene la rara fortuna
de andar por el mundo dejando al pasar
fragor de tormenta, fulgores de luna,
murmullos de bosque y arrullos de mar.

Y suaves olores
de esencias de flores
y sartas de perlas y airosos penachos
de vivos colores

y lenguas de fuego que dan resplandores
y encienden los pechos en ansias de amar.

Así, con su canto
de risa ó de llanto
siguiendo el camino
se va el trovador
y labra la tierra
del valle á la sierra
dejando en el surco
sembrado el amor.
¡Siempre el amor!
¡Sólo el amor!

ISABEL

Bien está tu trova, rapaz, y ella sola acabara con mi tristeza si las noticias que antes me diste no me la borrraran.

INÉS

¿No sabes alguna copla villana de aventuras entre pastoras y zagales?

TROVADOR

Tantas sé que en toda la noche no acabara con ellas. Y todas las habéis de oír, puesto que tan bellos labios me las piden.

ISABEL

Pero no ahora; que antes es justo que repares tus fuerzas. Leonor, déñle viandas y vino añejo.

TROVADOR

Ese premio me había ofrecido en el bosque mi señora, pero renunciaría á él con tal de serviros.

LEONOR

Sígueme y calla, que más estás para el cordero que para las trovas.

TROVADOR

Soy vuestro humilde esclavo, hermosa castellana.

LEONOR

(No es tan niño como parece).

(Vánse Doña Leonor y El Trovador).

ISABEL

Y vosotras venid conmigo á la capilla. Recemos por el retorno feliz del conde, mi señor.

INÉS

(Y de Ferrán, su escudero).

ESCENA IX

ISABEL.—INÉS.—CORO.—ZARA.—En seguida ZORAIDA

ZARA

Con licencia, señora.

ISABEL

¿Qué quieres, Zara?

ZARA

El guardián del portillo acompaña á un paje que se dice mensajero de vuestro esposo.

ISABEL

¿De mi esposo, dices? Que entre en seguida. Esperad conmigo vosotras.

INÉS

¡Un paje, condesa! Ved que es de buen agüero que lluevan hombres en el castillo esta noche.

ISABEL

Inés, pon freno á la lengua.

INÉS

Digo, como siempre, lo que piensan todas las demás, señora. (Vuelve á salir Zara y con ella Zoraida de paje).

ZARA

Aquí está el mensajero.

ZORAIDA

Contento y feliz al pisar este alcázar del valor y de la belleza. (¡Oh! también es hermosa).

INÉS

(¡Qué airoso mancebo! ¡Tiemblo al pensar lo que su gallardía merece!).

ISABEL

Entrégame el mensaje.

ZORAIDA

No traigo ninguno, que pudieran robármele en el camino. Por mi voz oiréis lo que el conde os dice.

ISABEL

¿Qué señal traes para probarme que vienes en su nombre?

ZORAIDA

Esta cruz de plata que vos misma le prendísteis en la sobrevesta.

ISABEL

Habla.

ZORAIDA

El rey de Castilla ha vencido á Abderramán recobrando muchos pueblos y fortalezas y ha hecho al conde, mi señor, merced del señorío de Ubeda.

ISABEL

¿Y tornan á sus hogares los hombres de armas?

ZORAIDA

A media jornada me siguen. Tal vez no salga el sol sin que ondeen abatidos en la torre del homenaje los estandartes tomados al Islam.

ISABEL

Has abierto mi corazón á la alegría. Pídeme albricias, mensajero.



ZORAIDA

Os la pide mi señor por mi boca.

ISABEL

Di.

ZORAIDA

Encargándoos que, desde ahora, me toméis como paje á vuestro servicio.

ISABEL

Admitido quedas; no sólo por obedecer á mi señor, sino por mi propia voluntad y gusto.

ZORAIDA

Gracias. Mi vida es vuestra.

ISABEL

(Hago mal; que ha hablado demasiado á mi razón su gentileza).

INÉS

(Gracias al Dios de las batallas hay un paje galán en el castillo).

ISABEL

¿Dónde y cuándo te encontró mi esposo y por qué es á ti á quien envía?

ZORAIDA

Porque mi juventud y mi desgracia le movieron á compasión al encontrarme cargado de cadenas en la fortaleza de Torre Vélez.

ISABEL

¿Eras cautivo de los moros?

ZORAIDA

Sí; el ejército de Abderramán entró á saeo en mi aldea, la arrasó hasta los cimientos, pasó á cuchillo á cuantos hombres podían sostener una maza y redujo á la esclavitud á niños y mujeres. En la cueva me encontró el conde al conquistar la ciudad por asalto, y viéndome débil y sin fuerzas para empuñar la espada me escogió para paje vuestro.

ISABEL

En buen hora lo hizo. Espérame aquí. Seguidme vosotras á orar en la capilla. Acompañale, Zara, tú que no rezas al Dios verdadero.

INÉS

(Mi señora ha puesto los ojos en el paje. Habrá que salvarle esta misma noche).

(Vánse todas, menos Zara y Zoraida).

ZORAIDA

(Todas me abrasan con sus miradas, engañadas por mi atavío. Si las hembras del castillo son como las mujeres del harem... ¡ayúdeme el Profeta!)

ESCENA X

ZARA.—ZORAIDA.

ZARA

(No vi jamás semejanza tan maravillosa. Dos granos de trigo no serían tan iguales. Probemos). No te podrás quejar de tu suerte, pajecillo.

ZORAIDA

No me quejo, agarena.

ZARA

Aunque mi señora, la condesa, que Alá confunda, se ha acordado de todo menos de ofrecerte el pan y la carne que habías menester tras viaje tan largo.

ZORAIDA

¿Odias á la condesa?

ZARA

Como tú odiabas á Abderramán por haberte hecho cautivo.

ZORAIDA

Es verdad, que gimes fuera de tu patria y de tu ley como yo gemía.

ZARA

Ni has cenado ni sabes dónde has de recogerte.

ZORAIDA

No; no me lo han dicho.

ZARA

Pues yo lo sé, hermoso paje. Al castillo ha llegado un trovador galán que es el único varón que albergan estos muros. En su mismo aposento dormirás esta noche.

ZORAIDA

¡No! ¡no puede ser!

ZARA

(¡Ah, te has vendido!) ¡Zoraida!

ZORAIDA

¡Silencio! ¿Me conoces?

ZARA

Fuí esclava de Abderramán y mil veces me prosterné á tu paso.

ZORAIDA

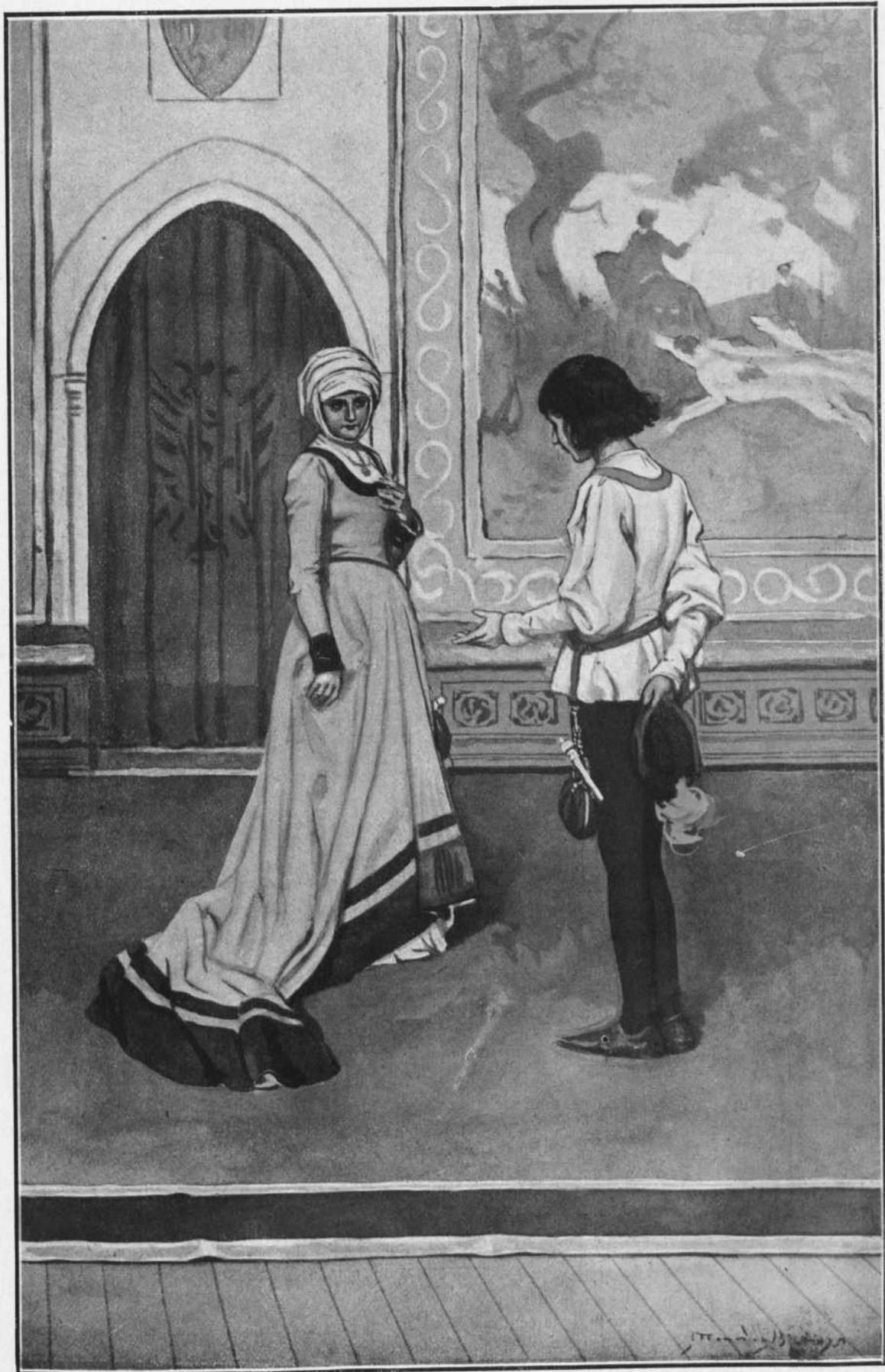
En nombre de Alá te mando que no me descubras.

ZARA

Por él te lo juro. ¿Vienes á preparar nuestra venganza?

ZORAIDA

¡Sí! Por nuestra venganza vengo. ¡Calla!



ESCENA XI

—

DICHAS.—EL TROVADOR

TROVADOR

¡Lástima que tu Dios te prohíba beber, sarracena! Tiene el conde en la cueva un rico vino de Aragón que enciende la sangre. ¡Cómo! ¿Tienes compañía?

ZARA

Un paje que acaba de admitir la condesa.

TROVADOR

¿Que acaba de admitir? Y... ¿es el mismo conde quién lo ha enviado?

ZARA

Sí, el mismo conde.

TROVADOR

A ver, pajecillo, mírame de frente. ¿No me has visto nunca?

ZORAIDA

No; nunca.

TROVADOR

Yo á ti sí.

ZORAIDA

¿Dónde?

TROVADOR

En un camarín con artonados de oro cuyos ventanales dan al Guadalquivir. ¡Salve, sultana!

ZORAIDA

¿Qué dices?

TROVADOR

Que yo lo sé todo, favorita de Abderramán. Para los que cantamos libres como el aire en las chozas de los pastores y en los alcázares de los reyes no tiene secretos el mundo. Sé tu traición para entregar la alcazaba á los cristianos, tu fuga entre el incendio á la grupa del alazán brioso del conde y vuestra idea del infierno para venir con ese disfraz á vivir siempre juntos en presencia de la condesa misma. ¡Muy fuerte es vuestro amor cuando os ha llevado á tal locura!

ZORAIDA

¡Calla, trovador! Todos mis cintillos de perlas, mis broches de esmeraldas y mis ajoreas de oro por tu silencio.

TROVADOR

Sin ellos callaré, que mi oficio es sembrar el amor por toda la tierra.

=====

ESCENA XII

—

DICHOS.—INÉS.

INÉS

¡Ah! no está solo. Salid. De parte de la condesa necesito hablar á solas con el mensajero.

TROVADOR

¿De parte de la condesa?

INÉS

Sí; ella me manda.

TROVADOR

¿No crees, Zara, que esta doncella se ha enamorado del paje?

ZARA

Lo creo, porque en los ojos se conoce.

TROVADOR

Pues con esto no contaba Zoraida.

ZARA

No; no contaba. ¡Que el Profeta la saque del apuro!

INÉS

¿Os réis de burla?

TROVADOR

¡Librenos Dios! Es que decía en secreto á esta esclava una conseja de amores atrevidos... Oyeme lo demás acá afuera. (Vánse las dos).

INÉS

Pajecillo.

ZORAIDA

Mandad.

INÉS

Si eres tan despierto como pareces ya habrás adivinado que no son órdenes de mi señora las que traigo.

ZORAIDA

¿De quién son entonces?

INÉS

De nadie; que tan apuesto doncel más que para servir ha nacido para que le sirvan.

ZORAIDA

(No sé qué decir. ¡Alá! ¡ayuda á tu sierva!).

INÉS

Por eso vengo á advertirte que tu presencia ha de poner en grave riesgo la honestidad de las mujeres del castillo y has de mirar mucho cómo y á quién escuchas.

ZORAIDA

Descuidad; no me rendiré á los encantos de ninguna dama.

INÉS

Así lo creo; porque mi señor el conde sería capaz de colgarte de una almena. Pero ven, no te alejes demasiado.

ZORAIDA

Perdonadme. Empiezo á seguir vuestros consejos.

INÉS

De mí nada has de temer, que tengo fama de discreta y nadie podrá adivinar el objeto en quien puse mis esperanzas.

ZORAIDA

(Liviana es la nazarena. ¡Acabará por encender mi cólera!).

INÉS

Desde hoy yo guiaré tus pasos y te enseñaré tus deberes. Mira, pajecillo, el cabello se me ha desprendido debajo de la toca. ¿Sabrías tú arreglarlo?

ZORAIDA

Probaré, señora.

INÉS

Pero no aproveches la ocasión para decirme al oído palabras dulces.

ZORAIDA

No aprendí ninguna.

ESCENA XIII

DICHAS.—ISABEL.

ISABEL

¡Inés! ¿qué es eso?

INÉS

Había suplicado á vuestro paje que arreglara mi tocado.

ISABEL

¿Y no sabías que no es ese oficio de pajes? ¿Y para eso saliste en secreto de la capilla? ¡Vete! (Váse Inés). Y, tú, ¿cómo te llamas?

ZORAIDA

Ferrán.

ISABEL

Pues acéreate, Ferrán, y escucha. Ya sabes que el conde, mi señor, es fuerte y poderoso; muchos millares de pecheros le pagan tributo y muchos centenares de soldados le siguen á la guerra.

ZORAIDA

El cielo le conserve y aumente el poderío.

ISABEL

Pero no ama la paz del hogar, sino el estrépito de las monterías y el estruendo de las batallas. Cuando deja descansar á los jabalíes de la selva se lanza como un rayo sobre la morisma de las llanuras y lo más del año me deja sin su amparo y sócorro en esta cárcel.

ZORAIDA

No merece ese abandono vuestra hermosura.

ISABEL

El cielo te envió, que no él, para alegrar mis soledades y aliviar mis congojas.

ZORAIDA

¿Así lo creéis?

ISABEL

Así lo creo. ¿Tú sabes consejas y canciones?

ZORAIDA

Y juegos y danzas de juglar que aprendí en mi niñez.

ISABEL

¿Tañes algún instrumento?

ZORAIDA

La cítara y el laúd, señora.

ISABEL

Pues tus músicas y canciones harán más cortas las horas de la ausencia. ¿No has amado nunca?

ZORAIDA

De niño caí en poder de Abderramán y he pasado seis años en el cautiverio. No he suspirado más que por la libertad, condesa.

ISABEL

Pues desde mañana saldrás al huerto al anunciarse el sol, formarás un ramo de rosas de Alejandría y lo pondrás tú mismo en el búcaro de mi ventana.

ZORAIDA

¿Al salir el sol? ¿Rosas de Alejandría?

ISABEL

Sí; quiero que alegren mis ojos al despertarme. Y ahora, sígueme; voy á hacer que te regalen con sabrosas viandas y vinos olorosos. (¡Es hermoso como el arcángel del retablo! ¡La virgen santísima me perdone!) (Váse).

ZORAIDA

Guiad, señora. (¡Dáme fuerzas, enviado de Alá! que yo no conocía el tormento de ser hombre en una fortaleza de cristianos!)

ESCENA XIV

ZORAIDA.—DOÑA LEONOR.

LEONOR

Espera, pajecillo.

ZORAIDA

(¡También la dueña! ¡Dios del Islam, con esto ya no puedo!)



LEONOR

Vengo á conducirte á tu aposento de parte de mi señora la condesa.

ZORAIDA

¿Estáis cierta de ello?

LEONOR

Y no sabes con cuánto gusto cumplo la orden, porque tu talle airoso y tu semblante de querubín me recuerdan los de un doncel que me mataron los perros infieles en tierras de Toledo.

ZORAIDA

Muchos años hará.

LEONOR

Sí que hace muchos años, pero tan vivo tengo en mi corazón su recuerdo que al verte se llenan de lágrimas mis ojos.

ZORAIDA

Vuestra ternura me conmueve.

LEONOR

Y siento deseos de sujetarte entre mis brazos para que no me robe otra mujer este perfume del pasado.

ZORAIDA

(¡Esta va derecha al ataque!). Abrazadme si queréis, que á vuestra edad no puede haber malicia!

LEONOR

(Abrazándola efusivamente). ¿Qué dices de mi edad, pajecillo? Fíjate en el brillo de mis ojos y en la tersura de mis mejillas...

=====

ESCENA XV

DICHAS.—ISABEL.

ISABEL

¡Ferrán! ¡Eh! ¿Qué es eso? ¡Leonor! ¿A tanto te atreves?

LEONOR

Perdón; es casi un niño.

ISABEL

Mañana abandonarás el castillo al salir la aurora, para hacer penitencia en un monasterio de por vida.

ZORAIDA

Grave castigo es para su falta.

LEONOR

Sólo los celos pueden discurrirle.

ISABEL

Y ¿quién te dice que no los he sentido?

LEONOR

¡Isabel!

ISABEL

Sí; tú atrevimiento me ha hecho olvidar de mi recato. No sabía qué extraño fuego me abrasaba el alma desde que en hora mala penetró este mancebo en el castillo... ¡y ahora ya lo sé! Celos son y para mí sola le quiero... ¡Llévate esta confesión á la cárcel y ¡ay de ti si la divulgas!

ZORAIDA

Señora, medita...

ISABEL

Silencio, Ferrán. Mañana mismo pondrás en mi ventana el primer ramo de rosas.

LEONOR

¡Desventurada! ¡Ha perdido el juicio!

ZORAIDA

Ved, señora, que es imposible.

ISABEL

¡Cómo! ¿Te atreverás á rechazarme, villano?

ZORAIDA

No; pero... ¡os digo que no puede ser, señora! Y ya es inútil fingir puesto que os empeñáis en saberlo. Yo no soy lo que parezco ni me llamo Ferrán.

LEONOR

¿Qué dice? ¡También se ha vuelto loco!

ZORAIDA

Me llamo Zoraida.

ISABEL

¡Una mujer!

ZORAIDA

Del harem de Abderramán.

ISABEL

¡Mientes!

ZORAIDA

La cautiva Zara y el Trovador que tenéis de huésped me conocen. Llamadlos.

ISABEL

Espera. ¿Y mi esposo lo sabe?

ZORAIDA

Sí; lo sabe.

ISABEL

Y, ¿es él quien te envía?

ZORAIDA

La cruz de plata que os entregué os lo prueba.

ISABEL

Basta... ¡Traición! ¡Engaño!... ¡Socórreme, Leonor!

ESCENA XVI

DICHAS.—INÉS. — EL TROVADOR. — ZARA.—DAMAS Y DONCELLAS

INÉS

¡Salid, salid, señora! Ha caído el puente levadizo y el señor conde llega.

ISABEL

¿El? ¡Mi venganza!

INÉS

En el patio de armas ha dejado el alazán y sube por la escalera de honor con la flor de la mesnada.

ISABEL

Dadme una daga. Aquí le espero.

ZORAIDA

¿Qué vas á hacer?

ISABEL

Hundírsela en el corazón para bienvenida.

ZORAIDA

No lo harás.

ISABEL

¿Por qué?

ZORAIDA

Porque yo le amo más que tú y le defenderé con mi cuerpo.

VOZ DE HOMBRE (dentro).

¡Isabel!

LEONOR

Detenéos, señor! Esperad que se calme la condesa. Está enferma y moriría si os viera de pronto.

ISABEL

Tienes razón, no le mataré. Le diré delante de todos que he descubierto su felonía de traerme al

castillo la mujer á quien ama, para que se humille á mis plantas avergonzado y te arroje á latigazos al monte.

ZORAIDA

Tampoco lo harás, condesa.

ISABEL

¿Por qué?

ZORAIDA

Porque no podrás decirle cómo lo has descubierto sin que él adivine su deshonra.

ISABEL

¡Ah! ¡Maldita agarena que tienes el infierno en el alma!... ¡Socorredme! ¡Me muero! (Cae desfallecida en el sillón. La servidumbre la rodea solícita).

VOZ DE HOMBRE (dentro).

¡Isabel!

ZORAIDA

(Después de vacilar un momento). Conde vencedor de Abderramán... ¡entra cuando quieras! (Córrense rápidamente las cortinas).

EPÍLOGO

UNA ACTRIZ

Como véis, señoras mías, el cuento ha llegado á un punto tan escabroso y tan difícil que el poeta no se atreve á pasar de aquí desenlazándolo á nuestra vista porque no le digan los moralistas que os ofende en vuestro decoro. Lo mejor es, por lo tanto, que cada una de vosotras piense la situación en que quedan los personajes principales y, después de meditarlo mucho, lance la imaginación por los caminos que se le antojen, aunque sean estrechos, peligrosos y escurridizos. En ley de Dios ninguno puede conducir á otra cosa que á una inmoralidad enorme, y de eso es de lo que el autor no quiere, como otros, hacer gala en vuestra presencia. Perdonadle, pues, si os defraudó las esperanzas, en gracia á las dificultades con que tuvo que luchar en su empeño; y como espero que así lo haréis, porque en estos caprichos del arte, como en los del amor, todas sois benévolas é indulgentes, me retiro dándoos las gracias.

Pinesio Delgado

TELON

Los Contemporáneos

== Revista semanal ilustrada ==

Publica en su número próximo

BESTEZUELA DE AMOR

Novela de **Antonio de Hoyos y Vinent**

FÁBRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

PRECIO FIJO ₧ 12, CAPELLANES, 12 ₧ PRECIO FIJO

AGUAS DE CESTONA

ESTREÑIDOS Y HEPÁTICOS

De venta Plaza del Angel, 18 y farmacias
y droguerías. Precio. 1.25 pesetas

IMPRESOS DE LUJO Y CORRIENTES

Los talleres de este periódico se han montado para hacer
toda clase de impresos

CON ESPECIALIDAD LOS ARTÍSTICOS Y DE LUJO

PÍDANSE PRECIOS AL Sr. ADMINISTRADOR

== CAÑOS, 4 ==

LÉASE

El misterio del corazón verde

La novela más interesante y más dramática de cuantas se han escrito sobre
misterios de la policía y del crimen

LÉASE

El misterio del corazón verde

Novela escrita para poner á prueba el ingenio
de la famosa policía de Londres.

LÉASE

todas las semanas en

ALREDEDOR DEL MUNDO

que la publica en forma encuadernable.

20 CENTIMOS NUMERO

EN TODOS LOS PUESTOS DE PERIÓDICOS Y EN LA ADMINISTRACIÓN,

CAÑOS, 4.—MADRID

Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

La Leche Antefélica o Leche Candès

Esta preparación, cuyo invento es remonta al año 1849, debe propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medical atemperada por proporciones rigorosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

1.º DOSIS BENIGNA.

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (*Véase la manera de emplearse*), la *Leche antefélica* ó *Leche Candès* es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretiene los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas; destruye los granos sin repercutirlos; disipa el so ano, la rubicundez, las eflorescencias farináceas y furfuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (rara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

2.º DOSIS ESTIMULANTE.

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la

delicadeza de la epidermis), la *Leche antefélica* ó *Leche Candès* destruye las *esfíldes* y el *lentigo*, manchas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis.

«Bajo la influencia de estas lociones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escozor y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco despues la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una descamación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.»

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, lo repetimos) es enérgico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas — afirmadas por observaciones medicales y consagradas por largos años de experiencia — que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la *Leche antefélica* contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

MANERA DE EMPLEARSE SEGUN LOS CASOS

I. DO IS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR. — Agitar el frasco hasta que el liquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras; los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias farináceas ó furfuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empañar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE CONTRA LAS PECAS Ó LENTIGO. — Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de *Leche* vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la *Leche* en estado puro, y se humedecen, *sin frotar*, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previas y siempre sin gravedad — 1.º, escozor más ó menos vivo; 2.º, ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión, — haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel, momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.

